

hubiese adivinado, que no la tormenta cuyas influencias estaba sufriendo hacía mas de un mes, iba al fin á estallar sobre su cabeza.

— Mauricio, le dijo por último con esa corded que tan bien les sienta á los ricos cuando están tratando con la pobreza, he amado á vuestra hermana antes de conocerla. Al hablarle de ella me ensucié á amarla; mil veces la confundí con vos en un mismo sentimiento de cariño y respeto; la conocí y ese sentimiento se ha cambiado bien luego en amor: como podía ser de otra manera? Vos mismo podéis ser juez en el asunto; si no hubiese sido vuestra hermana, habríais podido verla sin adorarla? Nada sé sobre vuestra familia ni sobre vuestra suerte; os he visto vivir y esto me basta. Sois dignos de la opinión, como lo demuestra el modo con que habeis soportado el infortunio, y por mi parte creo haber demostrado que no soy demasiado indigno de la pobreza. Mauricio, en el día somos amigos, queréis que seamos hermanos?

Mauricio, más pálido que la muerte, dejó caer una helada mano en la del baron.

— Sir Edward, respondió esforzándose por calmar la alteración de su voz, las palabras que acabo de oír nos honran igualmente á los tres; estoy tan profundamente conmovido como debo estar; pero Magdalena, mi hermana... sin duda, os ama? habeis logrado su consentimiento? por lo ménos habeis sorprendido el secreto de su alma?

— No, amigo mio, no; no sé si soy amado, respondió modestamente Sir Edward, pero creo firmemente en la fuerza de atracción que tiene el amor verdadero, y me digo que acaso, por medio de una perseverante ternura, por medio de un cariño sin límites, mi corazón concluirá por alcanzar la ternura del corazón que le ciega.

— Pero decidme, Sir Edward, sabe Magdalena que la amais?

— Creo que no me mira con disgusto, y sin embargo ni mis labios ni mis ojos le han hablado nunca de amor. Antes de implorar su consentimiento, he creído que mi lealtad me imponía el deber de venir á solicitar antes el vuestro.

— Está bien; dijo Mauricio tendiendo á su vez la mano á Sir Edward. No he esperado hasta ahora para saber lo que valeis; habeis adquirido mi estimación y mi amistad hace ya mucho tiempo. Yo consultaré con Magdalena, y si accede á vuestros deseos, puedo prometeros de antemano que vuestra felicidad no tendrá que temer ningún obstáculo.

El baron se retiró lleno su corazón de las mas dulces esperanzas. Si amaba á Magdalena, si no habia podido ver indifferente tanto candor y razon, tanta belleza y gracia, tambien amaba á Mauricio con un vivo afecto, y lo que mas entusiasmaba á aquel alma generosa y pética, era el pensamiento de vengar á aquellos dos jóvenes de las injusticias de la suerte, restituyéndoles á la faz del mundo la brillante posición que habian perdido.

XVI.

Mauricio cuando se quedó solo, se abismó en un caos de pensamientos tan confusos y de sentimientos tan contrarios, que el analista mas sutil y consumado se habria visto apurado para reconocerlos. Despues de haber hecho un supremo esfuerzo para acompañar á Sir Edward hasta la escalera, se volvió á su cuarto y se arrojó sobre la cama, como anonadado por las palabras que acababa de oír. Al pronto sintió horribles padecimientos, aunque desconocidos, y esta bor-

rasca fué seguida bien luego de una especie de desmayo. Por último el tumulto de sus sentidos se apaciguó, poco á poco se fueron aclarando sus percepciones, y al cabo su frente se iluminó con una dulce luz parecida á los primeros resplandores de la aurora. En efecto era la aurora de una nueva vida. Una llama celeste resplandeció en su mirada; una sonrisa de niño que se despierta entreabrió sus labios, pálidos y estremeccidos todavia. Largo tiempo permaneció sumergido en un éstasis mudo; por fin su conmovido seno se levantó; de repente una fuente de lágrimas brotó en sus ojos, un grito salió de su pecho, y como Lázaro resucitado, alzó sus brazos hacia el cielo. Registrando su corazón, Mauricio acababa de descubrir una flor, acabada de nacer, habia respirado sus perfumes y esta flor se llamaba amor. Amaba! Ah! Para comprender esa embriaguez es necesario haberla experimentado, es necesario, que á la vuelta de un precoz otoño, se hayasentido renacer en el alma una segunda primavera, á beneficio del soplo divino de esa flor que se habia creído agotada para siempre.

Pero aquella embriaguez fué muy corta; Mauricio salió de ella por medio de un brusco movimiento de cólera y de desesperación. Como un pájaro mortalmente herido en las regiones del aire, volvió á caer en el suelo de la realidad. El desgraciado amaba cuando ya no era tiempo; llegaba demasiado tarde á las puertas del Eden, entreveía la felicidad en el momento de decirle un eterno adios. Su violenta naturaleza se reanimó por última vez, y entonces se desbizó en celosas imprecaciones contra Sir Edward que le robaba su vida, y en el estravió de su dolor tampoco perdonó á Magdalena. Acordose de la actitud de su prima en aquellos últimos días; la vió risueña con el baron que la devoraba con los ojos, y sentía su pecho desgarrado por todas las serpientes del infierno. Ni siquiera le quedaba el consuelo de poderse figurar que se engañaba. Aun cuando no hubiese observado á aquellos dos jóvenes, aun cuando no hubiese seguido con ojos inquietos el progreso de su mutua pasión, el vago malestar de que se hallaba acometido habria debido advertirle ya de su peligro, y el martirio que sufría en aquel instante lo demostraba bien claramente que Magdalena amaba á Sir Edward. Agitado de este modo se paseaba á grandes pasos por su cuarto, cuando de repente se detuvo avergonzado: reflexionó y enrojó de súbito.

— De qué te quejas miserable! exclamó bajando la cabeza. Apenas has salido del fango por donde has arrastrado tu juventud, y ya sientes no ser amado, ya te indignas al ver que te prefieren un noble corazón, una virtud sin mancha, una conciencia que siempre ha sido recta! Qué has hecho para merecer esa ternura que hoy te parece el bien supremo? Durante mas de dos años que has tenido á tu lado ese tesoro, que has hecho para hacerte digno de merecerle? Le has desconocido, le has deshechado, le has hollado á tus pies, y ahora no puedes soportar el pensamiento de que otro le posea! En premio de los ultrajes que le has prodigado no te basta que la adorable criatura que Dios habia puesto bajo tu guarda te haya sacado del fondo del abismo y que haya lavado las manchas de tu alma? En premio de tus cobardes afrontas, por salario de tu dureza y de tu conducta infame, te parece que debías obtener su amor! Ah! calla, permanece en la sombra, y da gracias al cielo por haberte acordado el don de poder amar!

Nunca Mauricio habia llorado con tanta amargura las faltas de su pasado; nunca el recuerdo de sus estravios le habia hecho verter lágrimas tan ásperas y ardientes, nunca el remordimiento de sus malos días le habia sido tan duro é

insoportable. Por la primera vez media toda la estension de su ruina; su alma acababa por fin de abrirse al sentimiento de la felicidad que habia tenido junto á sí, y del cual no habia sabido aprovecharse. En aquel momento se decía: si hubiese seguido siempre como Sir Edward la linea inflexible del deber, me hallaria ahora bajo el techo de mis padres, junto á Magdalena que me amaria acaso, porque hubiera permanecido digno de su amor.

El verdadero amor es humilde, resignado, y se halla siempre dispuesto al sacrificio. Qué podía ofrecer Mauricio á su prima? Por mucho que hiciera, á pesar de su valor y su perseverancia, á pesar de la voga de que gozaban sus obras, y aun suponiendo que esa voga fuese duradera, nunca podría ofrecerle mas que una existencia miserable, en tanto que casándose con Sir Edward, Magdalena volveria á ocupar en la sociedad el rango que le pertenecía, y que nunca habria debido abandonar. Ademas si experimentaba hacia él algun afecto, con qué títulos podia Mauricio oponerse á aquella inclinación? No se hallaba por el contrario en el deber de fomentar ese sentimiento con todas sus fuerzas, no debía sacrificarlo todo á la felicidad de Magdalena? Por todas estas razones se decidió bien luego á tomar un partido definitivo.

Triste y silencioso, aunque sin mal humor, pasó la noche con su prima, como lo tenia de costumbre. Por uno de esos contrastes tan frecuentes cuando hay intimidad, la joven alemana estaba aquella noche loca de contenta; Mauricio la observaba con un aire de resignación risueña, sin solicitar una sola palabra, sin buscar una sola mirada que pudiese quebrantar su resolución. Únicamente cuando se retiró, suplicó á Magdalena que se pusiese al piano y que cantase el Adios, esa melodia de Schubert que ya otra noche le habia conmovido profundamente. La joven descendió gustosa á satisfacer ese capricho. Nunca habia estado tan tierna cantando. Cuando acabó, Mauricio se levantó, tomó en sus manos de su prima, las llevó respetuosamente á sus labios, y despues salió para descargar su corazón del duro peso que tanto le oprimía.

— Estais triste, mi joven amo, qué teneis? le dijo Ursula deteniéndole en la antecámara.

— Nada, mi buena Ursula, respondió Mauricio contentándose. Ya sabes que desde hace algun tiempo mis tristezas no son peligrosas. Mira, para distraerme, dame un beso; estoy seguro de que eso me aliviará un poco.

Ursula saltó al cuello de su hermano de leche, quien la estrechó tiernamente entre sus brazos. Una vez solo, Mauricio no pudo contenerse mas, y exaló su desesperacion en sollozos, en torrentes de lágrimas. Este fué el último tributo que pagó á la flaqueza humana. Al otro día, levantándose al salir el sol, se inclinó sobre su mesa de carpintero, y allí para que nada faltase á la inmolation de sus esperanzas, ahogando los gritos de su alma, escribió lo siguiente con mano firme:

» Magdalena, he cumplido mi promesa. Me suplicasteis que viviera dos años á vuestro lado; el término fijado por vos misma ha espirado ya hace algunos meses. Me pedisteis dos años de abnegacion y de sacrificios y sois vos quien ha representado entre nosotros este papel. Habeis hecho por mí, mucho mas de lo que yo he hecho por vos. Al darme á conocer lo que vale el trabajo, la grandeza y la santidad del deber, habeis casi borrado en mí hasta la huella de mis estravios. En cualquier porvenir que el cielo me reserve, siempre os profesaré un sentimiento de eterna gratitud; pero no quiero ni debo aceptar por mas tiempo el sacrificio á que estais resignada con tanto valor. Seria un egoismo grosero

de mi parte que no podría nunca perdonarme. Pero ya no se trata mas de mí, sino de vos y de vuestra dicha. Sir Edward os ama y es digno de vuestro amor; os colocará en el rango que mereceis, y como me profesa un afecto tierno, se encargará de satisfacer la deuda que habria debido pagaros yo. Queados con Dios, me marchó, pero no tengais cuidado ninguno por mi destino. En cualquiera parte en donde me halie, ya sabéis que con mi trabajo, puedo cubrir todas mis necesidades. Si se me acabasen las fuerzas, si otra vez me desalentase, me bastará, para levantarme, el mirar al fondo de mi corazón donde siempre encontraré vuestra imagen. Voy á volver á ver el palacio de mis padres; es una legitima reparación que debo á la memoria del caballero, y ademas quiero mostrarme puro y resignado en aquellos lugares que tajo desgraciado me vieron. Mi padre ha muerto lejos de mí sin estrechar mi mano entre las suyas; esta piadosa peregrinacion acabará de apaciguar la turbación de mi conciencia. Enseguida iré con paso firme á donde quiera conducir-me el Señor. De nuevo os digo á Dios, Magdalena; sed dichosa y en tanto que bendiga el recuerdo de los días que hemos pasado juntos, haga el cielo que ese mismo recuerdo no sea demasiado amargo para vos.

» Vuestro hermano,

» MAURICIO. »

Cerró esta carta; trazó en el sobre el dulce nombre que debia llenar toda su vida en adelante, y la puso en evidencia sobre el mármol de la chimenea. En aquel mismo instante vió á Marcelo y á su mujer que estaban trabajando ya junto á la cuna de sus hijos y les saludó con un ademán afectuoso. Despues de haber contemplado por espacio de algunos instantes con ojos envidiosos la paz y la felicidad de aquella modesta familia, enpezó sus preparativos de viaje. En un cuarto de hora estuvo listo todo. Entonces se citó en torno de su blusa su cinturón de cuero, se echó al hombro el saco militar que encerraba toda su fortuna, asíó con resuelta mano el palo del obrero que viaja, y por último despues de haber echado una tierna mirada por aquel cuartito en donde habia entrado endurecido por el egoismo, ajado por la ociosidad envejecido por el desorden, salió de él rejuvenecido por el trabajo, rejuvenecido por el amor y santificado por el sacrificio.

(Se concluirá.)

LOS TÉMPANOS DE NIEVE.

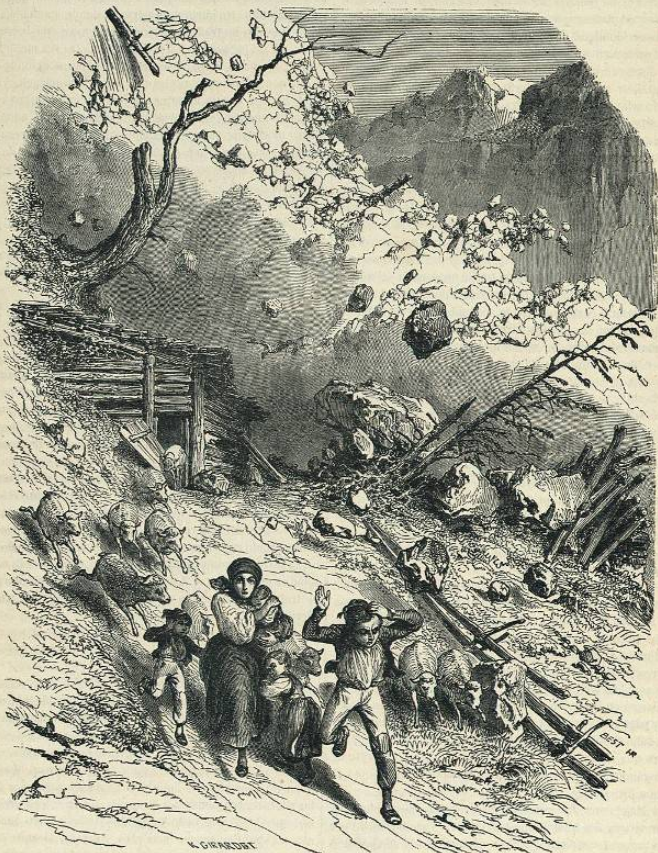
Los témpanos de nieve son el azote mas terrible que amenaza á los habitantes y viajeros en los países montañosos. Muy lúgubres relaciones han sido hechas sobre los desastres que causan, y aunque la imaginacion del hombre se complace á veces en exagerar la pintura de las cosas funestas, se pierde asegurar que aqui la realidad no es inferior á las horribles descripciones. La erupcion de un volcan presenta un espectáculo mas vasto y espantoso todavia, pero tambien este accidente es mucho mas raro. Ademas, siempre se conoce de antemano; la tierra cruje y tiembla, y ordinariamente los infelices que se hallan amenazados tienen tiempo para escapar. Los témpanos de nieve suspendidos incesantemente sobre la cabeza del pobre pastor, se desprenden tan inopinadamente que es imposible libertarse de ellos.

Por terrible que sea este fenómeno, no es otra cosa sin embargo mas que la consecuencia fortuita de un inmenso y fiel beneficio de la naturaleza; esas provisiones de nieve amontonadas en las montañas, alimentan nuestros ríos du-

rante todo un año. Porqué hemos de quejarnos de que á veces esos pósitos del cielo sucumban bajo su peso? Tal es la ley universal de la naturaleza.

Los alemanes han dado á los témpanos de nieve el nom-

bre de *lawinen* ó *lawanen* cuya etimología parece derivada del verbo *lanen*, deshacerse: porque en efecto las nieves que se deshacen son la causa de la caída. Si durante el curso del invierno se ha reunido una cantidad considerable de nieve



Los témpanos de nieve.—Composición y dibujo de Karl Girardet.

que cubre las rocas, cuando los primeros vientos de la primavera la liquidan, cae en masas sobre las pendientes inferiores, aumenta en volumen á medida que baja, y se precipita en el fondo de los valles con una espantosa violencia. Mas fuerte que los torrentes, desarraiga hasta las mismas rocas arrastrándolo todo con ella, dejando sobre su huella ruinas

y una desolación muchas veces irreparable. Ann los objetos que se hallaban cerca, experimentan efectos desastrosos; se han visto chozas destruidas, y frondosos árboles derrumbados por el soplo de los témpanos de nieve.

Se sabe con bastante exactitud cuales son los sitios mas espuestos á la clase de témpanos que acabamos de describir

y que se llaman de *primavera*; pero son muy peligrosos, tambien los que los montañeses de los Alpes llaman *frios* ó *ventosos*, porque son ocasionados por el viento. Cuando llegan á soplar sobre las rocas cubiertas de nieve acabada de caer, ó en los sitios que todavía no se han descargado de su peso, basta con algunos copos que caigan por las cuevas para determinar la formacion de un témpano. Los de esta clase no son tan compactos como los otros, de modo que no causan los mismos estragos que los primeros.

Los viajeros se admiran muchas veces de encontrar en el fondo de los valles, aun á fines del estío, montones de nieve; son los restos de un témpano, rodeado de rocas y de troncos de árboles, como se vé á un guerrero moribundo rodeado de los vencidos inmolados por un postrer esfuerzo.

Los anales de los países montañosos están llenos de narraciones que recuerdan las catástrofes causadas por los témpanos de nieve. En 1477, una de esas terribles masas entró á sesenta soldados suizos con muchos caballos, en el paso de San Gothard. En 1501 unos cien hombres perecieron del mismo modo, atravesando el San Bernardo. El 25 de enero de 1689, casi toda la aldea de Saas en el Pretigau, país de los Grisones, fué destruida por un témpano que mató á cincuenta y siete personas.

CHATEAUBRAND.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

(Véanse las p. 244, 252, 264 y 270.)

Luego acerca de la libertad, de esa divinidad que todos los grandes hombres adoran, el autor de los *Mártires* añade:

«Hasta nuestros caballeros, si saliesen de la tumba, seguirían las luces del siglo: se formaría una ilustre alianza entre el honor y la libertad, como en tiempo de los Valois las almenas góticas coronaban con una gracia infinita en nuestros monumentos los órdenes tomados de la Grecia. Acaso la libertad no es el primero de los bienes, la primera de las necesidades del hombre? La libertad inflama el jenio, eleva el corazón, y es tan necesaria al amigo de las musas como el aire que respira. Las artes pueden, hasta cierto punto, vivir en la dependencia, porque usan una lengua aparte desconocida para la muchedumbre; pero las letras que hablan una lengua universal, languidecen y espiran en las cadenas.»

De este modo el hombre que fué proscrito en 92 en nombre de la libertad, cuyo hermano fué guillotinado en 93 tambien en el mismo nombre, glorifica y confiesa en 1812 la libertad.

Sin embargo, Napoleon que habia dicho: «Si Corneille hubiese vivido en mi tiempo, le habria hecho príncipe.» Napoleon borró con su propia mano el discurso de M. de Chateaubriand, y prohibió que fuese pronunciado.

Este discurso borrado por Napoleon se halla entre los papeles del autor.

Chateaubriand se calló y esperó: acaso era profeta; acaso su ojo penetrante descubria en lontananza Moscou y Waterloo, y tambien Santa Elena, sombrío escollo, tumba resplandeciente!

Dios retiró en efecto su mano á Napoleon. Dos años des-

pues del incendio de Moscou, el emperador de Rusia entraba en Paris.

Pero su estancia será corta; sus soldados apenas tocarán el suelo de la Francia; el sol que debía alumbrarlos les deslumbra.

Dios llama á su elegido, y el gladiador, ensangrentado aun de su última lucha, va, no á combatir sino á entregarse en Waterloo.

Entonces Paris vuelve á abrir sus puertas al czar y á su ejército salvaje. Esta vez permanecerán tres años en las orillas del Sena esos hombres del Volga y del Don; y él, tan ciego durante su poder, como un labrador cansado de su trabajo despues de haber sembrado la libertad del mundo, se cruza de brazos y contempla á los pueblos desde lo alto de la roca de Santa Elena. Entonces, tuvo acaso por primera vez la revelacion de su mision divina y dejó caer de sus labios estas palabras que nos trajó el viento de los trópicos:

«Antes de cincuenta años la Europa será republicana ó cosaca.»

Vamos á ver como M. de Chateaubriand contribuyó por su parte al cumplimiento de esa predicción.

Cuando cayó Napoleon, se oyó un jemido colosal lanzado por toda la Francia.

—Quién reemplazará al emperador?

—El rey! respondió M. de Chateaubriand.

M. de Chateaubriand habria debido decir: LA CARTA.

El rey no era mas que una palabra; la carta era el todo.

M. de Chateaubriand hubo de comprenderlo así tambien.

«Conformarse en todo con el espíritu de elevacion y de dulzura del Evangelio, marchar con el tiempo; sostener la libertad por la autoridad de la religion, predicar la obediencia á LA CARTA como la sumision al rey, hacer oír desde lo alto del púlpito palabras de compasion para aquellos que sufren, cualquiera que sean su país y su culto, avivar la fé por el ardor de la caridad, esto es en mi opinion lo que debe devolver al clero el poder legitimo que debe tener.»

Por eso Luis XVIII que acordó la carta como una condicion de su vuelta, y que ocultó en ella, en provecho de la monarquía, aquel famoso artículo 44 que debia matar á la monarquía; por eso Luis XVIII que se cree ya bastante fuerte para ser ingrato, se avergüenza de desembarazarse de M. de Chateaubriand. El folleto del EMPERADOR Y LOS BORBONES, la única falta política y literaria que pueda echarse en cara á M. de Chateaubriand; este folleto que le valió á la Restauracion una BATALLA GANADA y que Luis XVIII no habria cambiado por un ejército, este folleto se olvidó, y M. de Chateaubriand recibió el nombramiento de embajador.

En el momento en que iba á partir, Bonaparte desembarca en el golfo Juan; da tres pasos, uno á Grenoble, el segundo á Lyon y el tercero á Paris.

M. de Chateaubriand se destierra al mismo país y por la misma causa: llega á Gante con el rey, permanece con él, y con él se vuelve. Cortesano de la desgracia, acaso tenga el derecho de decir la verdad cuando los dias prósperos vuelvan!

A su vuelta de Gante, M. de Chateaubriand es hecho par de Francia y consejero de Estado, y en respuesta á este doble favor publica LA MONARQUÍA SEGUN LA CARTA.

«La publicacion de la MONARQUÍA SEGUN LA CARTA, dice el mismo M. de Chateaubriand, forma una de las principales épocas de mi vida; esa obra me hizo entrar en el rango de

los publicistas, y sirvió para fijar la opinión sobre la naturaleza de nuestro gobierno.

» Como lo que á mí me sucede no se parece nunca á nada, la MONARQUÍA SEGUN LA CARTA me valió que me quitaran un puesto obtenido en Gante, y reputado como inamovible hasta entónces. Lo que yo sentía no era ese puesto, sino que tuve que vender mis libros, y sobre todo el pequeño retrato que había elaborado con mis manos, y adquirido con el fruto que saqué del *Genio del Cristianismo*.»

De este modo el poeta se vió obligado á vender su casa y sus libros, un año despues de la vuelta de aquella familia á la cual consagró su espada cuando era jóven, y su pluma cuando era hombre.

El decreto contra el publicista á causa de su folleto, es compañero de la dimisión que dió por la egecucion de Vincennes; estos son títulos de nobleza personales del hombre; no pudiendo dar el testo de la dimisión, vamos á dar aqui el del decreto:

» El vizconde de Chateaubriand habiendo suscitado varias dudas en un escrito impreso sobre nuestra voluntad personal manifestada por nuestro decreto de 5 de setiembre, hemos mandado lo que sigue:

» El vizconde de Chateaubriand cesa desde la fecha de contarse en el número de nuestros ministros de Estado.»

Está muy bien: M. de Chateaubriand tendrá todo el tiempo necesario para ser publicista, y puesto que esa ciega monarquía no quiere que la sostengan, Chateaubriand la sostendrá por su cuenta.

Con el producto de sus libros y de su casa M. de Chateaubriand fundó el *Conservador*.

Entónces fué cuando M. de Chateaubriand principió á notar que contra las leyes de la perspectiva, ciertos hombres disminuyen de cerca, en tanto que otros se agrandan alejándose. Luis XVIII en el trono no es mas que un rey de mediana magnitud; Napoleón en su roca le parece un gigante.

Hé aqui lo que dice:

» Arrojado en medio de los mares donde el Camoens colocó el genio de la tormenta, Bonaparte no puede moverse en su roca sin que lo sintamos por un sacudimiento. Un paso de ese hombre en el otro polo se sentiría en este, si la Providencia nos enviase su azote una vez mas; si Bonaparte estuviese libre en los Estados Unidos, sus miradas vueltas al Océano bastarian para turbar los pueblos del antiguo mundo, y su presencia en la ribera americana del Atlántico, obligaría á la Europa á acamparse en la orilla opuesta.»

Milton no ha dicho nada mejor sobre Satanás.

Dos años despues que escribió estas líneas, el señor duque de Berri cae herido de una puñalada al salir de la Opera.

M. de Chateaubriand se estremece hasta el fondo del alma con aquel golpe inesperado; parecele haber sentido la punta del puñal que penetraba hasta las entrañas de la Francia. Vé por aquella herida no la muerte del heredero de la monarquía, sino la muerte de la monarquía misma. Es mucho peor que una derrota. En una derrota no hubiera reclamado otro auxilio que el de los vivos, mas sobre aquella tumba abierta como un abismo, Chateaubriand apela al socorro de los muertos. Oh! venga toda la casa de los Borbones, desde San Luis hasta Enrique IV, desde Enrique IV hasta Luis XIV, desde Luis X hasta Carlos X, y acaso no habrá bastante

todavía con los muertos y los vivos para sostener ese trono que tífubea, que va á caer, que cae!...

Ese prolongado grito de dolor que comienza por una evocacion acaba por una profecía.

«Detras de nosotros, dice M. de Chateaubriand, se eleva una generacion impaciente á todo yugo, enemiga de todos los reyes, que sueña con la República, siendo incapaz, por sus costumbres, de virtudes republicanas; que adelanta, nos empuja y que bien luego va á entrar en nuestros puestos. Bonaparte habría podido domarla destruyéndola ó enviándola á morir á los campos de batalla, presentando á su ardor el fantasma de la gloria, para impedirle el correr en pos del de la libertad.

» La nacion pretende gobernarse por sí misma, y ya lo ha intentado; una nueva democracia traería un nuevo trastorno de las propiedades, la destruccion de todos los intereses nuevos, puesto que los antiguos se hallan demolidos. Oh! cuanto se arrentarán aquellos que se dejen arrastrar por las exageraciones populares!»

«O poeta! ¿VATES!»

.....

Un año despues el ruido de otra muerte resonó en Francia como el último mugido de una tormenta atlántica; Napoleón acababa de espirar.

En 1822, una de las revoluciones que habia sembrado el ilustre muerto, resonó en España. Un congreso se reunió en Verona; M. de Chateaubriand y M. de Montmorency representaron en él la Francia; M. de Chateaubriand fué quien determinó la campaña de 1829.

A la vuelta del congreso entró en el ministerio. Pero allí, siempre fiel á su sistema de equilibrio entre la monarquía y la libertad, olvidó en la Cámara de los pares el tomar despues la defensa de la conversión de los rentas. Por eso una mañana antes de salir de las Tullerías, entró en el ministerio de Negocios extranjeros y recibió el decreto siguiente:

«Luis, etc.

» El señor conde de Villèle presidente de nuestro consejo de ministros y ministro secretario de Estado, del despacho de Hacienda, queda encargado *interinaamente* de la cartera de Negocios extranjeros, en reemplazo del señor vizconde de Chateaubriand.»

Este decreto iba envuelto en la siguiente carta:

» Señor vizconde:

» En conformidad á las órdenes del rey os transmito el adjunto decreto.

J. de VILLÈLE.»

M. de Chateaubriand respondió á M. de Villèle con el mismo laconismo;

« Señor conde:

» He salido del ministerio de Negocios extranjeros que queda á vuestras órdenes.

» F. de CHATEAUBRIAND.»

— Toma, con que sois vos? le dijeron á M. de Chateaubriand, cuando le vieron volver á su casa de la calle del Enfer, en el momento en que menos se esperaba.

— Sí, yo soy; me han echado como á un lacayo.

Sin embargo, despues de maduras reflexiones, el rey se quedó asustado de su ingratitude. M. de Chateaubriand fué

nombrado embajador en Roma, á donde llegó para ver morir á Leon XII y para asistir al conclave.

Luego como atraído por la desgracia, M. de Chateaubriand se separa de su embajada donde ha dejado un espléndido recuerdo, y se vuelve á Francia. Enfermo, va á tomar los baños de Bieppe, cuando de repente oye el ruido de una borrasca, pero ese ruido viene del mediodia y no del Norte, de París, y no del oceano. Es el ruido del cañon de los Tres Días; es la monarquía de los Borbones que se derrumba.

De este modo llegan los dias pronosticados; esa dinastía á la cual M. de Chateaubriand recomendaba con tanta premura el respeto de la carta, cae por haberla violado. Esa evocacion del pasado, esa profecía del porvenir pronunciada por el poeta sobre la tumba del duque de Berri, no pudo prevenir nada.

La carrera política de M. de Chateaubriand ha concluido; no quiere sobrevivir á esa monarquía que defendió con su espada en 1791, con su pluma en 1814 y con su palabra siempre; protesta contra la revolucion de julio, da su dimisión de par de Francia, entra en la vida privada y se retira á Suiza.

La Suiza es su Santa Elena.

Desde Lucerna examina como desde un puerto ese oceano en que ha cesado ya de navegar, y que sus pensamientos tocan á veces como un soplo, iluminan otras como un relampago, y suelen tambien surcar como una borrasca.

Allí fué á visitarle á la fonda del *Aguila de Oro*; nunca le habia visto; era imposible ser mas sencillo que M. de Chateaubriand; parecia haber olvidado el mundo enteramente. Es tan fácil que nosotros olvidemos el mundo, cuando el mundo se acuerda de nosotros!

Por ésta época concluí su traduccion del *Paraiso Perdido*.

Acabada esa traduccion principió sus *Memorias de Ultra-tumba*.

Desde aquel momento M. de Chateaubriand cesó completamente de tomar parte en las cosas de la tierra. Su aliento continuó mezclado á la respiracion general como una emanacion mas poética y pura que la del vulgo, y eso fué todo. Sentado en el opuesto horizonte de la vida, con los pies en la tumba, vuelto hácia su cuna, evocó los acontecimientos y los hombres que hacia mas de medio siglo habian representado en la escena de Francia ese gran drama de las revoluciones que mira estremeciéndose la Europa y que no se ha acabado todavía; dos ó tres veces la muerte impaciente, oyendo sonar para el poeta la hora ordinaria de los hombres, se presenta celosa de una existencia tan larga, tan grande y tan hermosa, para reclamar el impuesto supremo que Dios la ha encargado cobrar en este mundo, pero el poeta no habia terminado su obra todavía. A cada vez le hizo una seña para que se esperase, y la muerte esperó.

Al cabo, por la última vez llegó en dias tan dolorosos, que el poeta la salió al encuentro y cerró los ojos diciendo: O muerte! aqui estoy; no vale el trabajo de continuar viviendo!

El señor vizconde de Chateaubriand, gran poeta, historiador magnífico, integro ministro, embajador llorado, murió en su cuarto de la calle del Bac núm. 110 en París, á las ocho de la mañana del 4 de julio del año de 1818 en un estado próximo á la miseria.

M. Victor Hugo estaba en la Asamblea nacional en el mo-

mento en que le anunciaron la muerte de M. de Chateaubriand.

M. Victor Hugo se fué inmediatamente á la casa mortuoria.

M. de Preuil, sobrino de Chateaubriand, le precedía y le introdujo en el cuarto en que acababa de dormirse con el sueño eterno aquel hombre de tan augusta nombrada.

M. Victor Hugo que, cuando era niño, habia sido recibido por M. de Chateaubriand, reconoció los antiguos muebles; nada estaba cambiado en el amueblado, bien que el aposento no era el mismo.

M. Victor Hugo entró con la frente descubierta en aquella morada doblemente apacible, primero porque era la morada de un poeta, y segundo porque era la morada de un difunto.

En una cama de hierro con cortina es blancos detras de una hilera de hachones encendidos, con el cuerpo completamente envuelto en un paño mortuorio, M. de Chateaubriand se hallaba estendido en la inmóvil magestad de la muerte. Solo su cabeza estaba descubierta.

La hermosa y noble fisonomía del poeta, mas dulce quizá despues de la muerte que lo habia estado cuando se hallaba en vida, aparecía luminosa y radiante en aquella sombra. Sus ojos estaban cerrados.

M. Victor Hugo permaneció largo tiempo con las manos cruzadas, y los ojos fijos en el ilustre muerto, tomó agua bendita y roció al difunto.

Despues salió.

Algo grande nacirá de esa silenciosa entrevista entre el poeta muerto y el poeta vivo.

La Academia supo reunida la muerte de M. de Chateaubriand; la sesion se interrumpió.

Los funerales de M. de Chateaubriand se celebraron el sábado 8 de julio en la Iglesia de las Misiones Extranjeras; el cuerpo fué trasladado con gran pompa á una isla de granito situada delante de San Malo; el sepulcro está encerrado enteramente por las aguas aun en las horas de las mareas bajas.

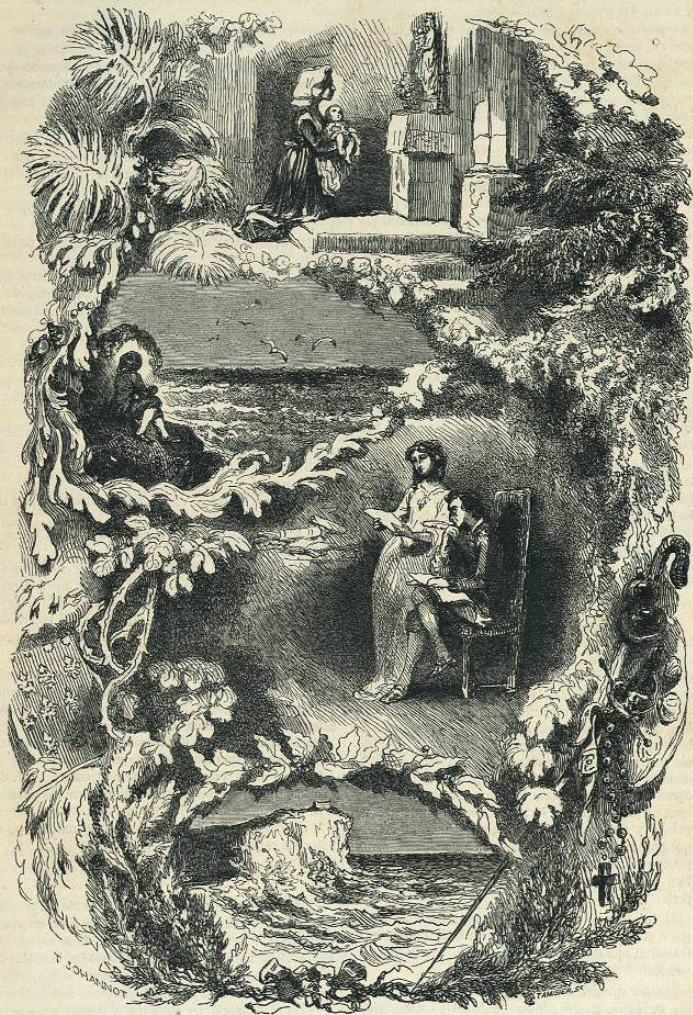
En esta isla fué donde la madre del poeta sintió los primeros dolores del parto: el que creta en la eternidad, ha querido simbolizar acaso la eternidad por esa vuelta de la muerte, al punto de salida de la vida.

Mucho tiempo antes M. de Chateaubriand se habia ocupado de su tumba como Napoleón de la suya.

Pero un día la Francia irá á tomar el cuerpo de M. de Chateaubriand para llevarle al Panteón, como fué á tomar el de Napoleón para llevarle á los Inválidos.

Y acaso sea este el último punto de comparacion entre el poeta y el emperador!

El grabado que acompaña á esta última parte del artículo de M. Alejandro Dumas, puede considerarse como un resumen poético: al mostrarnos al autor de René cuando era niño sentado á orillas de la mar y mirando las bandadas de alciones; adolescente cerca de su hermana Lucile entrando con ella en confidencias literarias; tendido en fin bajo la pradera del promontorio, en tanto que el Océano murmura al rededor de un mauseolo, y al rodear esas diferentes escenas de los emblemas de la fe ó de la peregrinacion, el artista parece haber querido manifestar los aspectos mas seductores de ese gran genio.



MEMORIAS DE CHATRAUBRIAND.—Composicion y dibujo de Tony JOHANNOT.

EL CANTON DE BERNA.



La rastrilladora de cáñamo, traje del Oberland (Berna).—Dibujo de A. VARIN.

El canton de Berna es el mas grande, el mas poblado y parte occidental, pero confina con los cantones orientales, y uno de los mas hermosos de la Suiza. Se halla situado en la se halla tan bien rodeado al Norte, al Sur y al Oeste, por

otros cantones, que se le puede considerar como central, y parece predestinado, así como la hermosa ciudad de Berna á ser el primero de la Confederación.

Sin salir del Estado de Berna se encuentran las dos lenguas que se hablan en Suiza, los dos cultos, puesto que hay en él una minoría católica; las poblaciones pastorales, agrícolas é industriales; grandes ventisqueros, magníficas bueltas, campos y viñas; en fin, la naturaleza de los Alpes y la del Jura, y en el intervalo, riquísimas colinas y llanuras.

Este cantón descuellan por una nacionalidad muy pronunciada. La población es fuerte, generalmente hablando, y de una belleza muy notable en ciertos puntos. El carácter de sus habitantes es una mezcla de orgullo y de bondad junto con un espíritu de orden admirable; sin embargo, ese país es una tierra de contrastes, que da margen á muchos estudios al observador sin que nunca se canse su curiosidad.

También es una tierra muy fecunda en recuerdos gloriosos; la población se enorgullece con su pasado, y conserva, por medio de monumentos y de fiestas, el recuerdo de sus héroes y de sus días de gloria; por esto no debe extrañar en el día que toda la Confederación se vaya agrupando en torno suyo rindiendo de este modo á la ciudad y al Estado de Berna una parte de la importancia y del brillo que tenían á fines del siglo último.

LINGUA Y LITERATURA PORTUGUESA.

La lengua portuguesa no es otra cosa que una de las infinitas ramificaciones del romance, así como el romance es una mezcla del idioma de los germanos y de los romanos, y por lo mismo conceptuamos infundada la opinión que sostienen algunos humanistas, que aseguran, que la lengua portuguesa es un dialecto procedente del castellano. Aparte de las numerosas diferencias que existen en su construcción y en la manera de pronunciarse, se ha desarrollado más pronto que nuestro idioma. Entre ambos se observa la misma analogía que entre la lengua sueca y danesa. F. Joao de Sousa ha escrito un excelente libro (*Vestigios da lingua arábica em Portugal*) acerca de la influencia que el árabe ha ejercido sobre el portugués.

Diaz Gomez, poeta portugués, celebra con aquel estilo hiperbólico que tanto caracteriza al escritor lusitano, la riqueza y la armonía de su idioma nacional, añadiendo que los antiguos españoles le llamaban *la lengua de las flores*. Sismondi, dice que es el *castellano deshuesado* (testual), y hasta cierto punto, no carece de razón porque los portugueses han eliminado de las palabras españolas ciertas letras intermedias y finales como la *l* por ejemplo, y al querer decir *dolor* dicen solamente *dor*, y en lugar de *Afonso*, se contentan con pronunciar ó escribir *Afonso*. La mejor gramática portuguesa es la de Pedro José de Figueira, y el diccionario más completo que poseen es el del brasileño Antonio de Moraes Silva. La lengua portuguesa es más adecuada que la española para la conversacion familiar por su brevedad, su sencillez y su extraordinaria claridad; la abundancia que tiene de sinónimos, diminutivos y aumentativos contribuye sobre manera á que este idioma sea muy expresivo. El único monumento que existe de la antigua grandeza de este pueblo es su idioma que es todavía el del comercio europeo en Africa y en las Indias.

La literatura portuguesa, que á la verdad no es muy conocida en España, es muy rica, y puede honrarse de tener obras maestras en todos los géneros, especialmente en las

poesías lírica y bucólica; pero por desgracia, la época de su gloria ha pasado. La poesía portuguesa tiene la majestad del sentimiento, mucha dignidad épica, animación, movimiento dramático, pero generalmente poca elevación en los ideas. De este defecto nos echan la culpa los críticos extranjeros, asegurando que la dominación española y el yugo de la Inquisición han contribuido eficazmente al vicio rítmico que dan los portugueses á sus pensamientos, acusación que rechazamos como injusta por razones que todo el mundo comprende, y en su consecuencia agenas de nuestro asunto. Durante los reinados de Felipe IV y V se lanzaron los portugueses en el terreno de la imitación servil de la literatura francesa, é introdujeron igualmente que nosotros muchos galicismos en sus composiciones; pero durante la administración de Pombal se esforzaron los poetas de aquel tiempo en sacar la lengua de aquel estado de envilecimiento que había succumbido, y desde entonces comenzó á ser la prosa más pura y más sencilla. Pombal destruyó de las cátedras de Coimbra la lógica y la metafísica escolástica; á pesar del estudio de la filología se halla todavía bastante descuidada, y no se traducen absolutamente más que á los poetas antiguos. Si hemos de dar crédito á Balbi, no existen más que ocho escuelas en todo el reino donde se enseña el griego. Los portugueses en mayor parte deben á los judíos sus primeras nociones de la filosofía, de botánica, medicina, astronomía y cosmografía. Las ciencias — y hablanos con particularidad de las matemáticas y de la historia natural — se cultivan muy poco. Portugal tiene sobre tres millones de habitantes, y no exageramos al decir... al asegurar, que las obras científicas no encuentran hoy quinientos lectores.

Segun Balbi, se han impreso en Portugal desde 1804 á 1819 cerca de mil ochocientas obras, de las cuales, mil doscientas han sido originales, cuatrocientos treinta traducciones, y las restantes ediciones nuevas. La academia de Ciencias y la universidad de Coimbra, publicaron en este mismo periodo ciento diez y seis libros. En todo Portugal no existen más que diez y siete imprentas; una en Coimbra, tres en Oporto y trece en Lisboa, y solo en estas tres ciudades se encuentran grandes bibliotecas y librerías.

El estilo de los prosistas portugueses es por lo comun alambicado, oscuro y redundante. Excepto un elogio de D'Alembert por Stockler no se encuentra en las *Memorias da litteratura portugueza* publicadas por la Academia de las Ciencias, sino muy pocas disertaciones dignas de interés. Stockler, de origen alemán, es muy conocido por sus escritos de matemáticas, por sus observaciones acerca de la historia y por algunas poesías líricas. Los portugueses han formado su novela traduciendo las mejores obras que de este género se han publicado en Inglaterra y Francia, y lo más notable que poseen relativo á escritos originales, tiene cierta analogía con los antiguos cuentos caballerescos de España y Francia. A la cabeza de estos libros aparece *Menina é Moça* de Bernardino Ribeiro. Montemayor introdujo este género en España, y después pasó á Alemania y seguidamente á Francia. La novela nacional portuguesa, y la más recomendada entre ellas es la *Historia de Carlos Magno, é dos doze pares de Franca*, por Gerónimo Moreira de Carvalho; á esta siguen el antiguo *Palmeirim de Inglaterra*, por Francisco de Moraes, al cual el cura de Don Quixote pretende preservar de la hoguera universal de los libros de caballería, y el *Feliz independente*, del que se han hecho seis ediciones en español, *sem lo se parca do panno de*.

Para formarse una idea de las obras publicadas en Portu-

gal es preciso consultar el *Catálogo dos livros que se ha de ler para a continuação do dicionario da lingua portugueza*, mandado publicar pela academia real das *Sciencias de Lisboa*. Por desgracia esta nomenclatura, únicamente destinada á los miembros de la academia no ha pasado aun al dominio del público. Los libros más antiguos datan de 1495 y 1502, y son los siguientes: *Livro da vida de Cristi*, y una traducción del *Viage á India* de Marco-Polo y de Nicolas Veneto, con una carta, por un genovés, Valentin Fernandez. En cuanto al *Diccionario de la Academia* no ha parecido más que un tomo en 1793. Existe una historia sucinta y compendiada de la lengua y de la literatura portuguesa en el prefacio de *Joaquin de Santa Rosa de Viterbo: Elucidazao das palavras, termos é frases que em Portugal antigamente se usavao e que hoje regularmente se ignorao* y en el *Ensayo estadístico*, de Balbi.

La poesía portuguesa floreció ya, cuando la española y la de todas las naciones recientemente civilizadas estaban en la infancia; un escritor inglés observa con mucha razón, que este hecho denota en un pueblo una tendencia poética bastante pronunciada. Los poetas más antiguos de Portugal aparecen en el siglo XII: sus cantos son hoy poco inteligibles aun entre los mismos portugueses; mas en el siglo XIII la lengua tomó giros más conformes y regulares, y en su consecuencia la poesía adquirió desde entonces una ventajosa modificación demasiado notable. El rey Dionisio protegió extraordinariamente la literatura, y él mismo fué autor de varias poesías. En el siglo XIV se contaron en el número de los poetas portugueses á los reyes Alfonso IV y Pedro el Justiciero. Ya la poesía italiana ejercía grande influencia sobre la de Portugal: don Pedro hijo de don Juan I, tradujo los sonetos de Petrarca; pero solo en el siglo XV, en aquella época que puede llamarse tiempos heroicos de Portugal, es cuando la literatura brilla con todo su esplendor, y rivaliza un tanto con la nuestra. Se sabe por tradición que Juan II compuso cantos de un sentimiento elevado y de una esquisitez sensibilidad; pero ni aun el incansable Sismondi ha podido lograr, á pesar de sus constantes investigaciones, descubrir algunos de estos cantos entre el polvo de las bibliotecas. El *Concerno português*, descubierta por Joaquin Ferreira Gordo, en Madrid en 1790, contiene poemas de ciento cincuenta autores del siglo XV. Esta colección no se ha publicado, y solo conocemos de ella lo que se halla en las *Memorias de la literatura portuguesa*. El primer poeta verdaderamente célebre de Portugal es Bernardino Ribeiro, que floreció en el reinado de Manuel (1495—1521). Fué el inventor de aquella vida ideal de los pastores, de cuyo género se ha abusado tanto; parece que este poeta gozaba de un grande favor en la corte. El almirante y gobernador de Madera, Christovao Falcáo, contemporáneo de Ribeiro, ha consagrado más de noventa versos para pintar los sufrimientos del amor desgraciado. Citaremos también á Francisco Sa de Miranda (que murió en 1538). Existen de este poeta dos comedias, *Os estan geiros* y *Os sillalpandios*, en el segundo tomo de la edición publicada en 1774; pero sus mejores obras son sus poesías líricas y didácticas. Antonio Ferréire es comparado á Horacio por sus compatriotas. Sus *Poemas lusitanos*, se dieron á luz en Lisboa en el año de 1598, siendo la edición más reciente la que apareció en 1771; su tragedia de *Inês de Castro* se encuentra en el tomo segundo de sus obras, cuya producción vemos calcada sobre los modelos que nos han dejado los griegos. Sa y Ferréira pueden ser considerados como los primeros clásicos portugueses. A estos siguieron Pedro de

Andrada Caminha, y Diego Fernandez Pimenta, á quien Sismondi compara con Marín; pero el más célebre de los poetas portugueses, es indudablemente Luis de Camoens, autor de la primera epopeya desde la época del renacimiento. Tomás José de Aquino, y Fernando Lobo de Surrupita, han publicado la mejor edición de sus obras. — *Obras de L. de Camoens, príncipe dos poetas de Hespanha*; esta edición va precedida de un discurso preliminar, de una noticia biográfica y enriquecida con un vocabulario: sin embargo, en 1890, apareció en Coimbra una elegante edición de las *Lusiadas*, adornada con infinitos y buenos grabados. La primera de todas fué publicada en Lisboa en 1572. Las *Rimas varias*, de Camoens, con un comentario de Manuel de Faria e Souza, aparecieron en Lisboa en el año de 1685.

El héroe de la epopeya de Camoens, es la patria; el poeta se ve allí animado de un fuego sagrado que le devora; el noble orgullo que le inspira la gloria de sus compatriotas brilla en sus versos con arranques llenos de sentimiento y grandeza; las demás producciones de este poema participan de la misma índole; tienen una tendencia igual, y al examinarlas detenidamente las encontramos inspiradas por el mismo amor. En sus obras dramáticas escogió por modelo á su compatriota Gil Vicente, que falleció en 1537. La colección de las obras de este último, quien mucho antes que los poetas ingleses y españoles, gozaba ya de grande celebridad, apareció en Lisboa en 1562. (*Complazao de todas las obras de Gil Vicente, a qual se reparte en cinco libros.*) Gil Vicente fué el predecesor de Lope de Vega y de Calderon, quienes caminaron por las huellas que aquel había trazado. Sin embargo, la poesía dramática no la cultivaron mucho los portugueses, porque tenían una inclinación bastante pronunciada por los escritos pastorales. Francisco Rodriguez Lobo, escribió novelas en este género demasiado insípido y monótono, aun cuando en honor de la verdad, se encuentran allí algunos romances y canciones que tienen un verdadero carácter poético. El poema heroico de *Nuñez Alvarez Pereira*, gran condestable de Portugal, no es más que una prosa rimada bastante mediana; pero es digno de elogio este escritor por haber probado que la prosa portuguesa se presta á los cuadros sublimes, y que no carece de armonía y riqueza. Gerónimo Corte Real, autor del *Naufragio e lastimosissimo successo da peidizao de Manoel de Sousa de Sepulveda é de D. Leonor, ma mulher, y del successo de segundo cerco de Dio, poema, cant*, el sitio célebre de Dio que defendió valerosamente Mascarenhas: Lobo y él indicaron la senda que debían seguir los historiadores portugueses. En esta nueva carrera, Joao de Barros, que murió en 1574, y á quien los portugueses apellidan su Tito Livio, conquistó una grande celebridad. Su *Asia ó Dos feitos que os portugueses fizeram no descobrimento é conquista dos mares e terras do Oriente* es una obra muy importante. Diego de Cuello continuó este trabajo en su *Asia portuguesa*. Los otros historiadores de la época histórica de Portugal son: Lopez Castaneda. *Historia do descobrimento e conquista da India pe los portugueses*; Antonio Bacarro, el célebre héroe portugués Alfonso de Albuquerque, *Commentarios* publicados por su hijo; Damians de Goes, traductor del *Cato mayor* de Cicero y autor de la *Chronica do fallecido rey don Emmanuel*; este último publicó también la *Chronica do príncipe don Joao*, y muchos escritos en latin, entre los cuales se cita el que lleva por título: *De moribus Aethiopiae* etc. Se tiene en grande estima la *Historia del rey Manuel*, redactada con un gran fondo de tolerancia por el obispo Gerónimo Osorio, que murió en 1580.

Bernardo de Brito publicó en 1597 la *Monarchia Lusitana*, y en 1603 los *Elogios dos reis de Portugal*; pero este historiador, habiendo comenzado su narración en la creación del mundo, le sorprendió la muerte antes que hubiera llegado a la fundación de la monarquía portuguesa. Los viajes de descubrimientos de misioneros portugueses y de otros exploradores, han suministrado también amplios materiales a la literatura nacional. Citemos el viaje de Juan Fernandez desde el cabo Arguino hasta el interior del Africa, en 1448; el de Alfonso de Paiva y de Joao de Cavilham a quien Juan II encargó, a fines del siglo XV, una misión a Abisinia y a las Indias. Gran número de relaciones del mismo género permanecen todavía manuscritas.

La conquista de Portugal por los españoles contribuyó a modificar la literatura portuguesa. A este período pertenece Manoel de Faria Souza, autor de una fecundidad tan deplorable que se le aconsejaba de escribir al día doce hojas de treinta líneas cada una; comentó a Camoens con poquísimo gusto, sin talento y con un inoportuno lujo de erudición. Además publicó en lengua castellana algunas obras, entre las cuales mencionaremos *Rimas varias* y la *Europa portuguesa*.

El célebre legista Antonio Barbosa Bacellar, que falleció el año de 1663, fué el inventor de ciertas elegías llamadas *Sandades*, las cuales carecen de modelos en todos los pueblos. Jacinto Freire de Andrada escribió la *Vida de Joao de Castro vicorey de la India*, la que ha sido traducida en muchos idiomas, y se cita todavía en Portugal como un modelo del género histórico. Una muger, *sor* Violante do Ceo, religiosa dominica, publicó *Rimas* en 1646, y *Soliloquios* en 1668. Nótese en sus obras como en las de los demás poetas de su tiempo, demasiada afectación. Los sonetos de Francisco Vasconcellos, natural de Madera, y los cánticos sagrados de Andrés Nuñez de Silva, natural del Brasil, son composiciones mas sencillas y mas estimadas. En el siglo XIII la literatura portuguesa estaba ya en decadencia, y a fin de elevarla a su anterior estado de brillantez, fundó el gobierno la academia de la lengua y de la historia, lo cual tuvo efecto durante el ministerio Pombal, cuyo sentimiento nacional se avergonzaba al ver aquella condición esclava y degradante de la literatura lusitana. Es cierto que Pombal estableció una censura, pero no ejercía sus funciones mas que contra los escritos políticos: protegió en gran manera toda clase de investigaciones científicas. Bajo el reinado de José I, se revisó y mejoró el sistema de enseñanza; pero a la muerte de este soberano los partidarios de la ignorancia se apoderaron del timón del estado, y a pesar de sus esfuerzos no pudieron reprimir de un todo el arranque que había dado Pombal. En 1779, el duque de Braganza fundó una academia de ciencias dividida en tres clases: solo un hombre se distingue en la primera mitad del siglo XVIII, y este hombre es el general Francisco Javier de Meneses conde de Eviceyra. Estaba en estrecha correspondencia con Boileau, cuyo *Arte poetico* tradujo en versos portugueses: compuso también un poema épico, la *Henriqueida*, cuyo asunto es la historia de la fundación de la monarquía portuguesa por Enrique de Borgoña.

Este poema debía ser mas clásico que la *Lusiada*; pero la escuela de Boileau no podía inspirar a sus discípulos el génio poético que había animado a Camoens. José Basilio da Gama publicó en Lisboa, en 1769, otro poema titulado *Uruguay*, en el cual celebra la conquista del Paraguay sobre los jesuitas, y entonces fué cuando se despertó entre los portugueses el gusto hacia el teatro, tanto tiempo descuidado.

Algunos poetas que hicieron buenas traducciones de las principales obras extranjeras, lograron últimamente hacer justicia a aquel estilo pastoral tan insipido é insignificante, y renunciando a las inspiraciones de Oriente, se esforzaron en imitar la poesia del Norte, con especialidad la de los ingleses. Dos brasileños, Claudio Manuel da Costa y Antonio Doniz da Cruz é Silva, fueron los primeros que se señalaron en estas nuevas sendas. En pos de estos vinieron Almeno, traductor de las *Metamorfosis de Ovidio*, *Poesias de Almeno* publicadas por Elpino Datiense, y Francisco Manoel, que en 1778 pasó a buscar en París un refugio contra las venganzas de la Inquisición. Sus poemas líricos aparecieron en el año de 1808; pero no olvidemos a un poeta fecundo y popular, Manuel Maria Barbosa, que falleció en 1805 en el hospital de Lisboa; publicó en 1800 tres tomos de poesias dedicadas a las condesas de Ogenhausen.

La libertad de la prensa llegó a Portugal para prestar auxilio a los progresos de la inteligencia; en 1805 estaba la censura confiada a un sabio alemán, al coronel Muller, que ciertamente no abusaba de su poder. En Portugal no existía en 1830 indice alguno de libros prohibidos, pero sin embargo, su librería era casi tan rica como la de Madrid, especialmente en libros franceses é ingleses.

I. A. B.

VALENTIN.

Valentin, de quien ya hemos hablado en otra ocasion, (1) pintó cuadros con la misma intencion que tienen los grabados de Callot; unos y otros son la representación viva de una época, y aunque la época de Valentin es la misma que la de Callot, cada cual la consideró de diferente modo. El uno tomó el lado burlesco, y el otro hubo de fijarse en el poético. A este le llamó la atención el andar de los pascantes, y la desenvoltura de los caballeros, es decir toda aquella miseria que en su tiempo se encubría con un ligero barniz de elegancia, y por esto hubo de representar la vida exterior, agitada, ambulante, viendo desfilar aquellas alegres pandillas de tunantes que daban festines en el campo, se repartían el botín al aire libre y hacían brillar al sol sus harapos. El otro, por el contrario, se aplicó a estudiar la vida interior de aquella caballería errante; con ella en los desconocidos lugares donde se metía a descansar, donde por la noche se divertía de mil modos; en aquellos lugares que que el brillo de las ropas ocultaba las malas caras.

Callot trabajaba riendo; aquellos costumbres que hacia mucho tiempo habían dejado de ser las suyas, podía estudiarlos sin perder la inteligencia del filósofo y los modales del noble; Valentin se mezclaba con sus modelos, se identificaba con sus costumbres: los hallaba hermosos y los copiaba con pasión; en una palabra, Callot moralizaba con sus aguas fuertes, y Valentin se valía del pincel para pintar a los bandideros de buena familia, a los caballeros de industria de su tiempo.

No de otro modo pueden considerarse los *Conciertos ca-seros* que figuran en el Museo del Louvre y que tanto se admiran con ese título. Qué otro nombre se puede dar a los personajes que ejecutan una pieza concertante colocados en torno de una mesa cubierta con un rico tapete? A primera vista parecen aficionados de alta alcurnia; los unos llevan soberbias corazas, divinamente pintadas; otros tienen magníficos peripunes con pluma en el sombrero y daga al costado.

1 Véase la página 143.

do; la muger robusta y airosa que marca el compás en el clavicordio es de un tipo común, pero está bien puesta, y es digna de lo que la rodea; la diversion es brillante y completa: bajo guitarra, violín, corneta, nada falta; cada uno de esos instrumentos une la belleza de sus tonos con la armonía general del colorido; se cree estar en buena compañía...

pero observándolo bien, se notan figuras siniestras, se ve lucir en el fondo del cuadro una cara particular que denota que es sospechoso aquel lugar, que todos aquellos paños parecen ser despojos del viajero robado, y que todos esos señores tan hermosos podrán formar muy bien una banda entera de ladrones.



VALENTIN.—El concierto.

MAGDALENA

POR

JULES SANDEAU.

(Véase las páginas 166, 169, 181, 189, 197, 206, 210 y 217, 226, 228, 242, 250, 258, 266 y 373.)

XVII.

En tanto que estuvo en París, su tristeza siguió mezclada con una secreta irritación; conocía que por momentos le faltaba la generosa resignación que le había impellido a separarse de Magdalena, y se ahogaba como si quedase aun en la atmósfera de la gran ciudad un resío de las funestas influencias que le habían dominado antiguamente. Una vez fuera de París, cuando sintió que su pecho se dilataba con el aire vivificador de los campos, a la vista dela naturaleza, se apaciguó su cólera, el corazón se le ablandó, y se dejó subyugar enteramente por un sentimiento único, su amor por Magdalena. En los tiempos de su vida borrascosa, que tomaba locamente por vida apasionada, cada vez que se veía burlado en sus deseos ó que no podía satisfacerlos sino des-

pues de una lucha encarnizada, la resistencia escitaba en su pecho la rabia ó el aborrecimiento. No comprendía el amor sin la posesion, y se habría sonreído de compasion si le hubiesen dicho que el corazón puede disfrutar en el amor una felicidad independiente del objeto amado. Pero ahora, solo consigo mismo, iba conociendo la grandeza y la santidad de un sentimiento ignorado hasta entónces: se alejaba de Magdalena; su corazón se desgarraba con la idea de esta separación terrible, y sin embargo saboreaba su dolor con mil delicias. En su aislamiento voluntario, en el destierro a que se condenaba, experimentaba una alegría mas viva y mas profunda que en la embriaguez de sus pasiones satisfechas. No era amado, pero se sentía mas digno de serlo, y la conciencia de su valor moral le infundía un lejítimo orgullo. No era amado, pero se complacía en el sacrificio que acababa de hacer a la muger que amaba, y hallaba en el sacrificio mismo un goce que nadie en este mundo habría sido capaz de arrebatarle. En su peregrinacion a Valtravers, no iba guiado únicamente por el deseo de honrar como era debido la memoria de su padre, sino que quería tambien volver a ver aquellos sitios donde había hallado por primera vez a Magdalena, y bendecir las huellas de sus pasos; quería respirar el aire que su prima había embalsamado con su presencia,

y recorrer los senderos en donde había oído su palabra: esta era la última y más fuerte expresión de su amistad y gratitud sinceras.

Mauricio caminaba con la cabeza erguida aspirando el aire a pulmones llenos. El sentimiento de las bellezas de la naturaleza, alargado tanto tiempo hacia en su corazón, se despertaba al fin. Era por los últimos días del mes de mayo; los rayos de un hermoso sol jugueteaban alegres por la tierra: todas las ondulaciones de las colinas, todos los caprichos del cielo, todos los accidentes del paisaje, eran para Mauricio un manantial de inesperadas alegrías; al ver su natural contento se habría dicho que veía por primera vez las maravillas de la creación. El cansancio de aquel viaje á pie era más dulce para él que todos los paseos que hiciera en otro tiempo muertamente recostado en los almohadones de su soberbia carretela. Esas paradas que hacia por la noche en las posadas, las salidas al rayar el alba, los encuentros en la mesa común, los saludos en el camino, las conversaciones con los niños en los bancos de piedra de las puertas, eran para Mauricio otros tantos episodios poéticos que renovaban á cada instante el interés de su peregrinación al palacio de sus padres.

Por último, una postrera revolución moral debía coronar todas las otras.

Magdalena había conseguido reanimar el sentimiento religioso en el corazón de Mauricio, pero en vano le había suplicado repetidas veces que recurriese á la oración, y que invocase en sus tristezas los divinos consuelos. Por más que hizo, nunca pudo lograr que pudiese los pies en una iglesia. Solo al dolo le estaba reservado el infundirle nuevamente las creencias y el culto de que tanto se había burlado hasta aquella época. El dolor sincero nos eleva á Dios: Mauricio tuvo ocasión de convencerse de ello. Al atravesar una aldea que encontró en el camino, pasó por delante de una iglesia, é impelido por un instinto irresistible, sin deliberación, sin haberlo consultado consigo mismo, entró en ella. Era una de esas pobres iglesias que Dios prefiere á los templos suntuosos y dorados: el sol brillaba por dentro suavemente á través de las cortinas de sus ventanas; las gradas del altar estaban llenas de flores de los campos; sobre las losas se veían aquí y allí algunas mugeres y algunos ancianos, arrodillados en la sombra. Mauricio también se arrodilló y se puso á orar; oró para obtener de su padre el perdón de sus extravíos, para obtener del cielo la felicidad de Magdalena.

Por fin, después de quince días de marcha solitaria atravesó, sin que le conocieran, el pueblo cercano á Valtravers. El trage que llevaba era suficiente para asegurar el incógnito; además, al ver aquel paso seguro, aquella mirada ativa y serena y la calma y dignidad que respiraba su persona toda, nadie habría podido reconocer al joven á quien habían visto pasar tres años antes como un proscrito.

¡Ah! ¿Quién podría decir las emociones que le asaltaron, cuando una hora después vió desarrollarse en el horizonte las sombras que habían abrigado su cuna, cuando puso el pie en la orilla del bosque, cuando se metió en las misteriosas profundidades que tantas veces había recorrido entre su padre y la marquesa, y donde se le había aparecido Magdalena! Al volverse á ver lleno de amor y de vida en aquellos hermosos lugares en donde tres años antes no llevó otra cosa sino el sentimiento de su perdición, su primer movimiento fué gritar á la naturaleza entera que era joven, que podía amar, que amaba; su alma regenerada se exaltó con una santa embriaguez. Caminaba lentamente; los recuerdos cruzaban por su mente como cruzaban las alondras por los

campos. A la sombra de aquella encina había descansado con el caballero; bajo las ramas de aquel árbol se había estado todo un día escuchando los primeros murmullos, contando las primeras señales de la juventud que se agitaba en él. A la vuelta de una arboleda, reconoció el sitio en donde había encontrado á su prima una tarde de otoño, y luego se fué acordando de los detalles de aquella poética noche, como se acordó también de que un año después, el día de su primer viaje, volvió á hallar á Magdalena sentada en aquel mismo puesto.

— Desgraciado de mí! exclamó Mauricio con tristeza. Ahí estaba, hermosa y encantadora ya, como una advertencia del cielo, como la imagen de la felicidad... Como no la tomaste de la mano, para volver rápidamente sobre tus pasos!

El día se iba acabando ya. Medio muerto con tantas emociones, Mauricio se había dejado caer sobre la yerba. Poco después se levantó y se dirigió hacia el palacio. Como ignoraba quienes eran sus moradores, y como además tenía poquimas ganas de conocerlos, desahaba solo echar una piadosa mirada á través de los hierros de la verja, quería dar un postrer adiós al Eden de donde se había desterrado para siempre.

En efecto llegó á la verja y permaneció algun tiempo con la frente pegada á los hierros. Maquinalmente abrió la puerta y secundado por los impulsos de su corazón, entró en el parque; todo estaba desierto, y ya empezaban á bajar las primeras sombras de la noche. Mauricio no oía más que el murmullo del viento entre las hojas, algunos gritos de pájaros que se metían en sus nidos, y el ruido de la arena que rechinaba con sus pisadas. Medio oculto por la verdura, se adelantaba con furtivos pasos. A la vuelta de la arboleda, ya próximo á descubrir la fachada, se detuvo, contuvo su aliento y estrechó su el corazón con sus dos manos, que quería saltarse del pecho. Por fin miró... Debía creer á sus ojos. ¿No era aquello un sueño, una ilusión de su cerebro? Quiso gritar pero su voz espiró en sus labios. Su palo se escapó de sus dedos, sus piernas flaquearon, y para no caer se vió obligado á apoyarse en un árbol. A veinte pasos mas allá, sentados en el peristilo, alumbrados por los últimos resplandores del sol en el ocaso, en tanto que dos niños bien conocidos de Mauricio jugaban sobre la yerba, Magdalena, Sir Edward, Marcelo y su mujer estaban conversando familiarmente. De repente Magdalena se levantó, y Mauricio la vió venir hacia él sonriendo tan serena, como si se tratase de la cosa más sencilla y natural del mundo.

— Amigo mío, os estamos esperando, le dijo. Y tomando el brazo de su primo, la joven le llevó suavemente hacia el barón, Teresa y Marcelo, que por su parte venían los tres á su encuentro. Las manos se estrecharon en silencio, ni siquiera una palabra se pronunció: todos los corazones estaban conmovidos; todas las bocas habían enmudecido.

— O amigos míos, dijo en fin Mauricio con voz trémula, deteniéndose al pie del peristilo, y tendiendo en su derredor miradas estraviadas; amigos míos, ¿qué ha pasado? Hablad, respondme; he soñado el dolor y la desesperación, ó he soñado por el contrario la felicidad?

Los rostros que le rodearon no respondieron mas que por una sonrisa afectuosa. Sostenido por Magdalena, subió las escaleras del peristilo: ya todos los criados se hallaban reunidos en la sala de entrada; Mauricio les fué reconociendo uno por uno; todos le habían visto nacer ó crecer.

— Hijos míos, les dijo Magdalena, aquí está vuestro joven amo que vuelve en medio de nosotros.

Todos ellos le rodearon con amor y respeto, en tanto que Ursula se apresuraba á desatar las correas del saco que llevaba á la espalda. En el mismo instante vinieron á anunciar que la mesa estaba puesta para el joven amo. Seguida de Sir Edward y de Marcelo, Magdalena le tomó de la mano y le llevó al comedor donde todo estaba como había estado antes, y le hizo sentar, con su traje de obrero, en el punto en que se sentó antiguamente con su padre. A pesar de que la mesa brillaba con toda la opulencia hereditaria en cuyo seno se había criado Mauricio, la comida fué corta y silenciosa. Mauricio conservó hasta lo último la actitud de un hombre que no sabiendo si duerme ó si está despierto teme desvanecer por un ademán ó por una palabra imprudente, los encantos de que era testigo. Al cabo de un cuarto de hora Magdalena se levantó, y separándose del grupo de los convidados, se dirigió hacia el bosque con su primo que se dejaba guiar como un niño. Cuando llegaron al pie de un frondoso árbol, la joven se sentó la primera é hizo sentar á Mauricio á su lado.

Hacia una de esas hermosas noches que parecen aumentar el precio de la felicidad. En tanto que una parte del cielo se hallaba todavía aluñbrada por los últimos resplandores del sol en el ocaso, al otro extremo del horizonte se alzaba la luna en un lago azulado y subía lentamente sobre las copas de los árboles que plateaba con sus pálidos rayos. El ruiseñor se deshacía cantando entre las espesas ramas, y en el fondo de los bosques se oía como el ruido lejano de una cascada.

— Amigo mío, dijo en fin Magdalena con un acento más melódico que el canto del ruiseñor y mas fresco que el viento de la noche; os amo desde el día en que os he visto aquí por la primera vez. Necesitabais para regeneraros, el pasar por la pobreza, por el trabajo y por la abnegación, y he querido participar también de las pruebas que os impuse; ya se han concluido; Mauricio, me las perdonais?

Mauricio sintió que su alma se exalaba como un grano de incienso hacia Magdalena en adoración silenciosa: se arrojó al pie del árbol en donde su prima se hallaba sentada todavía; la blanca criatura inclinó hacia él su dulce rostro, y á la claridad de los cielos, estrechados sus labios se encontraron en un casto beso.

Tenemos necesidad de decirlo ahora? la pobreza de Magdalena no había sido mas que una piadosa mentira. No había perdido el pleito, sino que había engañado á Mauricio para salvarle. No debemos contar día por día lo que pasó en el corazón de Magdalena en tanto que Mauricio proseguía la obra de su rehabilitación; es una narración que las almas delicadas harán con sumo gusto por sí mismas, y en cuanto á las almas vulgares, no la comprenderían. El joven caballero había vuelto á hallar á sus amigos de París bajo el techo de sus padres.

— Todos ellos han sido testigos de vuestras luchas y de vuestros esfuerzos; justo es, le dijo Magdalena, que se hallen presentes en el momento en que recibis la recompensa que tan bien habéis merecido. Lo que Sir Edward amaba principalmente en mi era nuestra pobreza, nuestra dicha le consolara!

Un mes después, Mauricio y Magdalena se casaron sin ruido y sin ostentación en Neuville-les-Bains, en presencia de sus amigos, de sus arrendatarios y de sus criados. Después de haber disfrutado durante algunos días del espectáculo de sus dulces alegrías, Marcelo salió para París con su mujer y con sus hijos. Y luego cuando Magdalena y Mauricio les invitaron á quedarse en el palacio:

— Habiéis vuelto á hallar vuestro puesto, respondió prudentemente Marcelo, dejadme que yo conserve el mío. A pesar de la amistad que nos une, conozco que sería un estorbo aquí. No temo nada de vuestro orgullo: el trabajo establecido entre nosotros una igualdad que ninguna cosa podría alterar; pero la sociedad en la que vais á vivir no podría comprenderla, y su sorpresa sería para una reconvencción silenciosa que deseo nos evitemos ambos.

La familia del artesano se marchó colmada de pruebas de amistad. Al cabo de un mes Sir Edward partió á su vez:

— Cuidad de vuestra dicha, le dijo á Mauricio en el momento de alejarse; es una planta delicada que necesita solícitos cuidados.

Luego volviéndose hacia Magdalena, quiso dirijirla algunas palabras de despedida; pero se turbó; sus ojos se humedecieron y la joven sintió una lágrima en su mano que estrechaba tristemente sobre sus labios.

He terminado mi tarea. Las existencias dichosas no merecen contarse. Mauricio se hallaba ya fuera de peligro, y no necesitaba ni aun valor. Si el trabajo no es para él una necesidad, sin embargo no vive en la inacción, se ocupa en hacer bien, siembra en torno suyo su riqueza. Magdalena ha sido pagada con usura de su afecto. Ninguna nube ha venido á turbar la serenidad de su místa ternura. En cuanto á Ursula, á pesar de todo lo que le dijo Magdalena, persiste en creer que su joven ama perdió de veras su proceso, y que Mauricio ha hallado en la escultura de madera el medio para comprar el dominio de sus antepasados. Mauricio ha conservado respecto á su mujer un sentimiento de gratitud exaltada, y aun á veces suele bendecirla loco de alegría.

— Amigo mío, le responde ella entonces, no es á mí á quien debéis dar las gracias; no he hecho mas que indicaros el camino por donde debíais marchar. Lo que debéis bendecir es el trabajo, porque por él habéis vuelto á hallar la juventud, la dicha y la felicidad.

FIN.

LA RESIGNACION.

— Qué hacéis ahí con los brazos cruzados, inclinada la cabeza y con los ojos fijos?

— Terribles desgracias he sufrido.

— Pues mayores os esperan aun si no tratáis de remediarla.

— Cómplase la voluntad de Dios, resignado estoy.

— La voluntad de Dios quiere que llenéis vuestros deberes y el primero de todos consiste en no abandonaros á vos mismo. Qué sucedería si todos los desgraciados se detuvieran en su camino desalentados ó resignados, como decís? No, la resignación es diferente del entorpecimiento. La resignación es la tranquilidad en el dolor y la sumisión á una voluntad soberana, pero es también la valerosa resolución de tratar de ver si esa voluntad, que no siempre ha de ser hostil, protegerá los nuevos esfuerzos. Alzad la frente, pobre afligido; la resignación es el valor, y un valor incensable.

La ciencia de las gentes de bien.

RECETA PARA HACER EL AGUA DE GOLONIA DE CODEX.

Se toman 2 onzas de esencia de bergamota, 2 id. de limón, 2 id. de lima, 4 id. de naranja, 4 id. de toronja ó azahor, 4 id. de romero, 4/2 id. de labanda, 4/2 de flor de azahar, 4 adarme id. de canela, 8 onzas de espíritu de romero, 3 libras agua de melisa, 12 libras de alcohol de 32°.— Se destila el todo al baño maria hasta que no quede nada en la vasija, y luego se añade una libra de agua de mil flores.

FELIPE WOUWERMANS.

Nuestros lectores habrán visto ya (1) dos de las obras mas famosas del pintor Felipe Wouwermans, el *Asno* y el *Alto de oficias*. Hoy añadiremos su no ménos brillante composicion titulada la *Casa de patos*.

Wouwermans como ya hemos dicho anteriormente, descoló en la pintura de caballos, y por eso en todos sus cuadros,

el caballo figura en primer lugar. De este modo el hábil pintor aun en sus *caerías* se cree que tiene miedo de dividir el interes, y muy pocas veces ha representado al ciervo luchando desesperado con los perros, como lo habi hecho y muy naturalmente, todos cuantos han elegido esos asuntos, sin duda porque conocia que en lo mas fuerte de la accion era imposible que el ciervo saltando las barrancas, gracioso, suelto, ligero de cuerpo y sorprendente de velocidad, no



La casa de patos.

absorbiese completamente todo el interes. Así Wouwermans se contenta las mas veces con suponer la caza indicándola á lo léjos, presentando solo á los espectadores los preparativos de la diversion. En el siniestro paisaje que domina un cielo cubierto, velado por los vapores de la húmeda Holanda, el espectador puede adivinar las emociones, las peripicias de la caza; su imaginacion puede volar á través de los bosques y de los campos sin otro guia que su capricho.

Entretanto el caballo está siempre á la vista, en primer término. Wouwermans conocia ese animal como un verda-

dero artista; veia su parte pintoresca y sabia todos los recursos que se pueden sacar de la combinacion de las formas del caballo con los resplandores de la luz y del claro oscuro. Solo un estudio largo y concienzudo ha podido enseñar á Felipe Wouwermans todo lo que debió saber para poner en escena grupos de caballos como los que hizo, siempre hermosos y nunca parecidos. Un tratado de equitacion no vale tanto como los *Picaderos* de Wouwermans, y las elocuentes páginas de Buffon sobre el mas noble de los animales, no son mas instructivas que las ochenta y ocho láminas grabadas por Moyreau copiadas de Wouwermans.

1 Véanse los págs. 432 y 209.

DIARIO DE UN VICARIO DE ALDEA. (1)

FRAGMENTOS.



Visita al doctor Snart.—Dibujo de TOMMY JOHANNON.

45 de diciembre de 1764. — Hoy he recibido diez libras esterlinas de mi superior el señor doctor Snart, suma que representa la mitad de mi sueldo de todo el año. He ganado concienzudamente ese dinero y sin embargo me lo han dado de un modo que me ha sido bastante penoso.

Primeramente me han hecho esperar mas de una hora en la antesala del señor rector, y por fin me abrieron la puerta de su gabinete. Se hallaba sentado en un gran sillón, al lado de una mesa sobre la que brillaban unas cuantas monedas de plata. Me incliné varias veces con el mayor respeto, y respondí á mis saludos bajando ligeramente la cabeza y echando un poco hácia atras su gorro de seda negra que al punto volvió á caer en su sitio ordinario.

El señor rector tiene muchísima dignidad. Nunca puedo

acercarme á él sin experimentar alguna confusion; estoy seguro que no me cortaria tanto en presencia del rey.

No me dijo que me sentara, y sin embargo no podia ignorar que por la mañana habia hecho once millas á pie y con tiempo muy malo; ademas la hora que habia pasado en la antesala no me habia servido de descanso.

El señor rector me señaló con el dedo el rollito de plata que estaba sobre la mesa.

En el camino habia meditado mucho la súplica que me proponia hacerle, á fin de obtener algun aumento de sueldo. Cien veces habia dado la vuelta á mi discurso dentro de mi cabeza; el momento de hablar habia llegado y mi corazón palpitaba fuertemente.

Qué desgracia que no pueda vencer mi timidez para decir las cosas mas sencillas, para pedir únicamente lo que es justo! Me hallaba tan agitado como si hubiese estado á punto de cometer una mala accion. Me empeñaba en abrir los la-

1 Algunas páginas escritas á fines del siglo último por un pobre vicario del Wiltshire, inspiraron á Goldsmith el vicario de WILKFIELD, y á Enrique Zschokke, la presente narracion.

bios que me temblaban sin hablar: se me había acabado el pensamiento, la palabra y la voz, y un sudor frío se desprendía en anchas gotas por mi frente.

— ¿Qué tenéis? me preguntó el rector.

— Es... que... todo está tan caro en el día!... Mi sueldo es tan módico que no me alcanza para vivir.

— Tan módico! señor vicario; un sueldo tan módico! 20 libras esterlinas por año! ¿Habeis pensado bien lo que estáis diciendo? Pues debéis saber que cuando yo quiera, hallaré otro vicario por 45 libras.

— Un vicario por 45 libras!... Puede ser muy bien; si es solo y sin familia tendrá bastante para subsistir.

— Pero, señor vicario, supongo que no se ha aumentado vuestra familia: no tenéis mas que dos hijas...

— Sí, es verdad, pero van siendo grandes: la primera mi Jenny tiene diez y ocho años y Polly tendrá doce bien luego.

— Tanto mejor, ya están en edad de trabajar.

Quise replicar, pero no me dió tiempo para ello; se levantó, se acercó á la ventana y pegando con sus dedos en los vidrios me dijo:

— No puedo pensar hoy en vuestro asunto: ved si os conviene vuestro empleo de 15 libras, reflexionado bien, y me daréis parte de vuestra decision. Si eso no es posible, deseo que halléis para el año que viene otro puesto mejor, señor vicario.

Dicho esto me saludó cortésmente levantándose el gorro; tomé el dinero y me retiré balbuceando algunas palabras para recomendarle a su benevolencia.

Me quedé como herido de un rayo; nunca me había recibido tan fríamente. Quizá le habrán hablado mal de mí. Por lo regular me convidaba á comer; y á decir verdad hoy me hubiera alegrado que lo hiciera, pues había salido de Crekelada á al despuntar el día y en ayunas.

Entré en una taberna á comprar un panecillo, y me volví á poner en camino.

Qué triste y qué desanimado estaba! Lloraba como un niño y mis lágrimas caían en el pan que iba comiendo con avidez.

Vamos, Tomás! no te avergüenzas de tu flaqueza? Acaso no está Dios en el cielo para protegerte? Y si hubieses perdido enteramente el empleo? Al cabo y al fin no son mas que 3 libras de menos. Es verdad que es la cuarta parte de tu sueldo y que con 45 libras por año apenas te quedarán diez pennis diarios para alimentar y vestir á tres personas; pero qué importa? «Aquel que da á los lirios de los campos su blanca vestidura y el alimento á los cervos recién nacidos...» Lo que tenemos que hacer es quitar alguna cosa de nuestro pasado bienestar!

16 de diciembre. — Si, mi Jenny es un ángel; su alma es aun mas hermosa que su fisonomía. Casi me avergüenzo de ser su padre; es mucho mas piadosa y mejor que yo.

Ayer no tuve valor para anunciar á mis pobres niñas nuestra nueva desgracia. Hoy cuando al cabo me decidí á decirselo, Jenny se quedó un poco turbada, pero volviendo á tomar enseguida su amable espresion, me dijo:

— Y eso te causa tanta pena, querido padre?

— La cosa lo merece, hija mia. Cómo nos libertaremos de las deudas y de tantos tormentos? no sé cómo podremos subsistir; nos faltan ya tantas cosas! Cómo hemos de atender con 45 libras á las primeras necesidades de la vida?

Jenny enroscó uno de sus brazos en mi cuello y alzando el otro al cielo me respondió:

— Piensa en el que está arriba.

Polly vino á sentarse en mis rodillas y me dijo acariciándome:

— Quiero contarte una cosa. He soñado esta noche que hoy era el día de año nuevo y que el rey había venido á Crekelada. Esto era un gran honor que te hacia: el rey se apeó del caballo á nuestra puerta y entró en casa. Nosotros estábamos todos en la cocina muy apurados para disponerle la comida, pero el rey nos envió sus provisiones en jarrones de oro y plata. Las trompetas y clarines resonaban en la calle, y entonces, querido padre, te presentaron sobre un almohadon de seda una mitra de obispo, y un sombrero punflagudo como los que se ven en las estampas de los libros viejos. Tú te le pusiste al instante, y te estaba muy bien, pero yo me reía á carcajadas y Jenny me regañaba. Este sueño quiere decir algo, y acuérdate que de hoy en quince tendremos el día de año nuevo.

Los sueños, dije á Polly, no significan nada.

Polly me respondió: — Los sueños nos los envía Dios.

No creo eso; sin embargo, apunto ese sueño singular para ver si acaso hay algo en él que pueda ser un presagio feliz. Quizá puede suceder que un buen aguinado nos aliente un poco en nuestra pobreza.

Todo el día he estado haciendo cálculos, aunque no me gusta nada contar, pues los números me ponen muy pesada la cabeza y me constrian mucho el corazón.

17 de diciembre. — A Dios gracias ya he salido de todas mis deudas. He pagado en cinco partes diferentes siete libras esterlinas con once chelines; no me quedan mas que dos libras y nueve chelines y con esto debemos vivir seis meses! Dios mio, ven en mi socorro!

Debo renunciar á los calzones negros que he visto á la puerta del sastre Gubby, que tanto necesito; aunque son de lance se hallan todavia en buen estado, y Gubby me los habria vendido bien baratos. Pero á Jenny le hace falta un vestido; la pobre criatura me da lástima cuando la veo cubierta con su ligero guardapiés de camelote con este frío tan riguroso. En cuanto á Polly, ésta se contentará con los vestidillos que su hermana ha podido arreglarla de otros vestidos viejos.

Tambien debo renunciar al periódico á que estaba suscrito por mitad con el tejedor Westburn, y es un gran sacrificio porque sin el periódico, nada de lo que pasa en el mundo se sabe en Crekelada. En las últimas corridas de caballos de Newmarket, el duque de Cumberland ha ganado al duque de Grafton una apuesta de mil libras esterlinas. Es singular como se verifican siempre las palabras de la Escritura: *Al que tiene se le dará mas, y de lo cual se puede decir: Al que tiene un poco se le quitará...* Héme aquí reducido á perder cinco libras de mi pobre sueldo!

Vamos, vamos Tomás; estás murmurando y porque? por un periódico que ya no puedes leer; qué vergüenza! La voz pública te dirá si el general Paoli conservará la libertad de la Córcega. Los franceses han enviado tropas auxiliares á los genoveses, pero Paoli tiene veinte mil hombres todos soldados aguerridos.

18 de diciembre. — Ah! qué felices somos á pesar de nuestra miseria!

Por una friolera he comprado Jenny á la prendera Bard un buen vestido viejo que está deshaciendo ahora con Polly para hacerse uno nuevo. Jenny es una chica muy lista; regateó mejor que yo, y por otra parte quién puede resistir al encanto de su voz? Con esto ha entrado en mi casa la alegría. El día de año nuevo Jenny estrenará un vestido. Polly está haciendo una porcion de comentarios y de profecías sobre

el asunto. Es seguro que el bey de Argel no esperanta tanta satisfaccion cuando recibe los ricos regalos de los venecianos: los dos anillos de diamantes, los dos relojes guardados de brillantes, las pistolas montadas en oro, las preciosas alfombras, los arros de los caballos y los veinte mil zequies que acompañan este presente.

Jenny dice que debemos reducir nuestra mesa para pagar el costo de su vestido. De aquí al día de año nuevo no comparamos carne, es muy justo.

El tejedor Westburn es un buen hombre. Ayer le dije que me veía obligado á renunciar al periódico porque me habian disminuido el sueldo, y porque aun no me hallaba seguro de no ser reemplazado: entonces me estrechó la mano y me respondió:

— El periódico queda por mi cuenta, lo que no impedirá que le leamos juntos.

Esto prueba que nunca hay motivo para desesperarse. En el mundo hay mas buena gente de lo que se piensa.

El mismo día por la noche. — El tahonero es un hombre bien duro. Le he pagado lo que le debía, y porque mi buena Polly le dijo que el pan que nos daba hoy era muy pequeño y estaba quemado, se ha puesto á gritar como un desahogado, concluyendo por decir que ya no queria darnos pan fiado y que podiamos ir á comprarlo á otra tahona. Polly me daba lástima; mucho trabajo me la he costado consolarla.

No sé por donde las gentes de Crekelada saben de antemano las noticias. Todo el mundo habla ya en la aldea de un nuevo vicario que el doctor Snart debe enviar aquí para reemplazarme; este golpe acabaría conmigo.

Creo que el carniceiro se halla instruido de la cosa, porque acaba de enviarme á su mujer para decirme que no puede darme carne sino dinero en mano porque los tiempos son muy malos. Sin embargo ha estado muy atento, me ha repetido muchas veces que debiamos considerarnos con derecho á la estimacion y al respeto de todos los habitantes, y nos ha aconsejado que vayamos á comprar á Colswood, en casa de un carniceiro que es bastante rico para esperarnos. No he querido decir á esa buena muger que ese mismo carniceiro nos servia muy mal hace un año, que nos cobraba la libra de carne un penni mas cara que los otros y que cuando me quejaba acababa por declararme que puesto que yo le hacia esperar su dinero á veces un año, queria hacerme pagar los intereses.

Ahora no me quedan mas que cuarenta y un chelines. Cómo hemos de vivir con esto muchos meses? Nadie quiere fiarme nada; si el doctor Snart envía otro vicario, entonces me quedo sin pan en medio de la calle!

Como ha de ser! Dios está tambien en la calle!

19 de diciembre. — Me he despertado esta mañana muy temprano, y he estado pensando en lo que debo hacer en medio de mi penosa situacion.

Me he acordado de maese Sittling, mi primo de Cambridge, pero los pobres no tienen primos. Si el sueño de Polly se realizase, es decir si me trajeran el día de año nuevo la mitra de obispo, tendria á la mitad de Inglaterra por parientes.

He escrito y he echado al correo la carta siguiente para el doctor Snart:

«Os escribo esta carta con mil angustias. Todo el mundo dice en la aldea que debéis enviar aquí otro vicario para reemplazarme. No sé si esta noticia es fundada, ó si es una consecuencia que han sacado de lo que he contado á varias personas sobre la última entrevista que hemos tenido.

«He llenado concienzuda y fielmente el puesto que me

habeis confiado. He enseñado con la mayor piedad la palabra de Dios; ninguna queja se ha alzado contra mi y mi conciencia no me acusa de nada. Os he suplicado humildemente que aumentaseis mi módico sueldo, á lo que me habeis contestado hablándome por el contrario de disminuir un salario que apenas me basta para subvenir á mis primeras necesidades y á las de mi familia. Apáñese de mi vuestro corazón generoso!

«He permanecido en esta parroquia durante diez y seis años en tiempo de vuestro honorable profesor y durante seis meses despues que sois rector. Tengo cincuenta años; mis cabellos principian á echar canas. Sin amigos, sin protectores, no tengo medio ninguno de lograr un empleo, y carezco de los conocimientos necesarios para ganar mi vida de otro modo. Mi existencia y la de mis dos hijas se halla en vuestras manos. Si y aban donaisál nos nos queda otro recurso que el de pedir limosna.

«Mis hijas, grandes ya, á pesar de su severa economía, me obligan á hacer muchos gastos. La mas jovenita llena en mi casa el puesto de una madre. No tenemos criada; ella hace de cocinera, de lavandera, de costurera etc., y yo hago todo lo que podrian hacer un carpintero, un albañil, un jardinero y un tejedor.

«Hasta ahora la bondad de Dios nos ha sostenido. Ninguno de nosotros ha estado enfermo; no hubiéramos podido pagar las medicinas. En vano han buscado mis hijas algun trabajo de aguja en las casas de Crekelada; los habitantes de la aldea son muy pobres y cada cual se sirve á si mismo de criado.

«Era ya muy difícil cubrir nuestras necesidades todo un año con veinte libras esterlinas; como podré hacerlo con quince? Pero confío en vuestra humanidad y en el señor, y os suplico encarecidamente que tengáis á bien poner un término á mi ansiedad.»

Despues de haber escrito esta carta, me arrodillé mientras Polly la llevaba al correo, suplicando á Dios que me hiciese obtener una respuesta favorable. Esta plegaria me hizo sentir una tranquilidad maravillosa. Ah! una palabra que se dirija á Dios es ya una gracia que se recibe de él. Salí con el corazón aligerado de mi cuarto, y eso que había entrado en él tan triste! Jenny estaba trabajando junto á la ventana, sentada con la serenidad de la inocencia. Un rayo de sol brillaba en su rostro é iluminaba todo el cuarto; me parecia hallarme transportado á una region celeste. Me puse delante de mi pupitre y escribí mi sermón sobre «las alegrías del pobre.»

En la iglesia predico tanto para mí como para el prójimo. Si nadie sale del templo sintiéndose mejor, al menos yo me aprovecho de mis palabras para mejorarme. Al sacerdote le sucede siempre lo que al médico, conoce la fuerza de los remedios que receta, pero no sabe á ciencia cierta cual será su eficacia sobre los enfermos.

El mismo día. — Esta mañana he recibido una esquelta que me ha enviado un forastero desde la posada donde ha pasado la noche, y que me llamaba para un asunto de la mayor urgencia.

Corrí á verle. Es un hermoso jóven de unos veintiseis años con el rostro noble é interesante. Llevaba una vieja levita, unas botas cubiertas de lodo, y un sombrero que probablemente ha costado mas caro que el mio, pero que se halla mucho mas usado; á pesar de ese triste traje, es jóven tiene buen aspecto: debe ser hijo de una buena casa. Su camisa es de balista; pero acaso es un donativo de alguna persona compasiva.